

Marisa Kohn de Beker

**GARCÍA BACCA EN VENEZUELA:  
CRÓNICA DE UNA ÉPOCA DE TRANSICIÓN**

Sucedió que a la ciudad de Caracas se le presentó la coyuntura perfecta para reiniciar los estudios de las disciplinas humanísticas en el claustro universitario. Un grupo de destacados intelectuales españoles coincidieron en este lugar, como si se hubiesen dado cita aquí, con ese objeto. Todo y todos se habían puesto de acuerdo: El espacio físico, el antiguo convento de San Francisco, las voces castizas que hacían chocar sus eses contra los vetustos muros de las frescas y sombreadas aulas y las no menos siseantes de la mayoría de los escuchas. El acontecimiento estaba rodeado de un cierto halo entre ceremonioso y eufórico. Se trataba del recibimiento jubiloso de una novedad que otorgaba a Caracas una dignidad que, probablemente, no había conocido ni en la época de la Colonia.

La democracia recientemente instalada en algunas naciones latinoamericanas había convertido a lo más granado de la intelectualidad republicana española en itinerante. Entre México y Argentina, estos viajeros ilustres, hacían escala en algunos otros lugares como Caracas, donde, en el momento justo, se reunieron en número suficiente como para que, junto a las figuras locales más destacadas, se propusieran abrir la Facultad de

Filosofía y Letras, que ya graduaba a su primera promoción cuando yo entré a formar parte de su alumnado.

¿Por qué me empeño en rememorar a Caracas cuando pienso en Juan David García Bacca? Porque entre todos esos personajes que cruzaron el Atlántico, para huir de la España franquista, el Profesor García Bacca era, indudablemente, el más importante. Pudo haber escogido México, Buenos Aires, Quito, de donde provenía su esposa, pero no, prefirió a Caracas. Algo debía tener aquella ciudad de provincia, con ínfulas de capital, que como cualquier adolescente, entre ingenua y atrevida, a pesar de su letargo, de su aparente adormecimiento, moría de ganas por probarlo todo, de hacer su presentación en escena, de abrirse camino, y darse a conocer. Pero pudo ser algo más, algo distinto, lo que logró convencer a hombres como Domingo Casanovas, Manuel Granell, Guillermo Pérez Enciso, Segundo Serrano Poncela, Pedro Grasses, Angel Rosenblat, Bartolomé Oliver y, un poco más tarde, Santiago Magariños para cobijarse, de todos los sitios posibles, precisamente aquí y establecer en Caracas, definitivamente, su nuevo hogar.

En la Caracas de entonces se reverenciaba todo lo procedente de afuera; era el paraíso de los inmigrantes, especialmente de los europeos. Mientras más cultivado el extranjero, más gratamente sorprendido por aquellas muestras tan efusivas de hospitalidad y generosidad ausentes en el Viejo Continente, en cuyos pueblos está marcada la mezquindad de una manera indeleble, por la práctica milenaria de la intolerancia.

Me pregunto, de regreso al presente: ¿es posible que hayamos cambiado tanto, hasta el punto de sentir incredulidad frente a mis propias remembranzas? ¿Cuándo y cómo pudo ocurrir una conversión semejante para volver

inverosímil tal pasado? La época en cuestión era la mitad de nuestro siglo, finales de los cuarenta y los inicios de los cincuenta. Pero, los años 60 trazaron una línea de separación brusca y tajante. A partir de entonces dejamos de estar en un lugar remoto y protegidos, y fue imposible sustraerse del torbellino en que se convirtió el mundo. Giramos con velocidad creciente hacia derroteros aún desconocidos, dando tumbos, como el resto de los mortales, en continua transformación de no sabemos qué hacia no sabemos dónde.

¿Quién se iba a imaginar que habría necesidad de desenterrar esos inicios? Tan ocultos y olvidados permanecen, que la realidad de hoy no guarda relación alguna con aquéllos. A pesar de que hubiera sido más lógico que su influencia fuera, no sólo duradera sino, trascendental. Lo que en su momento había comenzado con tanta ilusión y entusiasmo, desapareció por el hueco de la memoria como si de un mundo orweliano se tratase. Debí ocurrir, probablemente, en la misma época en que Bolívar dejó de ser la figura ecuestre que reinaba indiscutible desde el centro de la Plaza que yo cruzaba dos veces, diariamente, en mi primer año universitario, y se convirtiera en simple mortal pedestre. Uno a uno los valores tradicionales de respeto y hasta de veneración por los estudios académicos fueron pasto de las llamaradas políticas que dieron al traste con las buenas intenciones de ese grupo suigeneris de europeos: republicanos españoles, algún que otro refugiado del nazismo, -Federica de Ritter, Milo Gabe-, uno o dos franceses -Rene Durand, Gaston Diehl- y un italiano -Eduardo Crema-; quienes junto a los intelectuales venezolanos más conocidos (Mariano Picón Salas, Salcedo Bastardo, Arturo Uslar Pietri, Luis Beltrán Guerrero, Miguel Acosta Saignes, Siso Martínez, José

Fabianni Ruiz, Gustavo Díaz Solís) se constituyeron en el grupo fundador de las tres Escuelas pioneras: Filosofía, Letras e Historia para ofrecer un banquete cultural al estudiantado y al público caraqueño, a menudo complementado por visitas ilustres como las de Eugenio Imaz, Rizieri Frondizi, José Gaos, Eduardo Nicol, Gerhard Funke, Alejo Carpentier.

La primera vez que vi al Profesor García Bacca yo cursaba 5º año de bachillerato, y nunca antes había oído hablar de filosofía. Durante mis estudios de secundaria, se decidió añadir un año diferenciado en dos posibilidades, "Ciencias" y "Humanidades", según la carrera universitaria que se proseguiría. Escogí Humanidades, porque me deleitaban los discursos poéticos del Profesor Crema, su entrega -total y dramática- a la prosa y a la poesía venezolana. ¿Quién, a los 16 años, no se creía poeta entonces? Pero la atracción por la filosofía pudo más. La consideraba un desafío, su dificultad me atrajo, y una buena puntuación en las primeras pruebas actuó como carnada para mi vanidad. Empecé a flirtear con la idea de estudiar Filosofía en vez de Letras. Mi decisión dependía de esa primera visita a la Universidad.

El lugar de reunión era el Instituto de Filosofía donde García Bacca presidía un Seminario cuyo tema no puedo recordar, porque probablemente no entendí nada de lo que allí se dijo. Pero su presencia física, los cabellos blancos, los anteojos en la mano, inclinado el rostro flaco de perfecta nariz perfilada sobre el libro, tratando de lograr una aún más certera traducción del texto griego, sobre el cual volvería una y otra vez, nunca totalmente satisfecho, actuaron como un hechizo para mí. La mesa rectangular de madera de caoba, rodeada de sillas también de madera, lo mismo que los estantes con puertas de cristales de los que

se asomaba una hilera de libros, otorgaban al lugar una atmósfera de recogimiento y seriedad que sólo se rompía gracias a un largo y delgado mantel de bordado indígena y unos cuantos pocillos de barro que fungían de ceniceros sobre la mesa, como un recordatorio, para profesores y estudiantes, de que estábamos en el Nuevo Mundo a pesar de que allí sólo nos dedicaríamos a transitar el Viejo.

En aquellos vetustos salones de lo que es hoy el Palacio de las Academias, algunas tardes se daban cita señoras enguantadas de nuestra "Sociedad", que lucían pequeños sombreros adornados con flores y velos, para escuchar las conferencias dictadas por el brillante profesorado de la Facultad o por los profesores visitantes que solían quedarse por temporadas más o menos largas. En muchas de sus mansiones se ofrecieron ágapes para honrar a los huéspedes, a los que, incluso, los estudiantes solíamos estar invitados.

Supongo que -ni antes ni después- hubo estudiantes tan privilegiados. Participábamos por igual de todo lo que acontecía en honor a las personalidades que nos visitaban; y las mismas demostraciones de respecto de nosotros hacia estos maestros las recibimos de ellos. Especialmente fue así en la Escuela de Filosofía, cuyo estudiantado era más limitado en número y, por qué no decirlo, un poco extravagante en su configuración. Algunos ya se dedicaban a sus profesiones universitarias, otros cursaban estudios en otras facultades simultáneamente y por fin, estaban también los extranjeros que por el simple hecho de provenir de Europa tenían en alta estima a los filósofos, que los bachilleres criollos apenas ahora descubríamos. Esta ignorancia hacia el contenido de la Filosofía, (que -con estupor y tristeza- vuelvo a percibir en nuestro medio, sólo que la de ahora es mucho peor porque, además, la

confunden con el estudio de materias esotéricas, muy popular y, por lo mismo, un negocio bastante lucrativo), convenció a los estudiantes que cursaban el último año de la necesidad de ir a los liceos a dictar la cátedra de Filosofía, para atraer a algunos alumnos hacia sus aulas. A esos prosélitos pertenezco yo, la cuarta promoción, la ya no tan favorecida por la suerte, debido a dos circunstancias que cambiaron diametralmente de naturaleza a nuestra Facultad, pero cuyas consecuencias no podían ser previstas, porque éramos demasiado jóvenes e ingenuos para darnos cuenta del curso inexorable de los acontecimientos que se sucederían.

Apenas había tenido tiempo de disfrutar de la visión del patio, rodeado de galerías, que el profesor García Bacca solía recorrer minutos antes de su hora de clase, concentrado en sus cavilaciones, que nadie se atrevió a interrumpir jamás, y que interpretábamos como el lugar y el momento en que él ponía en orden la materia que iba a ser tratada inmediatamente después; cuando la Universidad fue clausurada por los acontecimientos que se sucedieron con el asesinato de Delgado Chalbaud y, poco más tarde, la toma del poder de Pérez Jiménez. Ya no regresaríamos más al viejo Claustro. Cuando volvimos a clases, es de suponer que para evitar posibles disturbios en el centro de la ciudad, fuimos enviados a los edificios que habían sido diseñados para dormitorios en la Ciudad Universitaria, aún no terminada.

El cierre de la Universidad y la mudanza a la Ciudad Universitaria pueden ser considerados puntos de referencia para señalar el fin de la inocencia y el comienzo de la sucesiva transformación no sólo de los estudios universitarios, sino del vuelco que dio la ciudad de Caracas para ser lo que es hoy, turbulenta y sumida en el caos, con

los males que aquejan a las metrópolis modernas, sólo que un poco más, y con sus beneficios, sólo que un poco menos.

Pasó mucho tiempo antes de darnos cuenta de que lo que se había perdido, había sido para siempre. La mayoría de los profesores permaneció con nosotros, pero la dictadura alejó a los visitantes y muchos de mis compañeros no regresaron más. La magia de la casona colonial se extinguió con la excesiva claridad que hacen lucir desnudas a las edificaciones modernas, y así como aquélla nos mantenía recogidos en su interior para hacer más propicia nuestra concentración, éstas, se volcaban hacia afuera con su grandes ventanales como si nos invitaran, más bien, a la distracción.

Tuve que esperar el segundo año de mis estudios universitarios que -en mi caso- significó un año más, mientras la Universidad permaneció cerrada, para convertirme, por fin, en alumna del profesor García Bacca. Ya no sería, como me lo había figurado, en aquellos aposentos un tanto húmedos y penumbrosos, ni rodeada de un grupo bastante numeroso de compañeros que habían cursado conmigo el primer año. Del Liceo Andrés Bello, de donde provenía la mayoría, sólo quedamos Antonio Pasquali y yo. La tristeza, la carga tremenda de una dictadura que se hacía sentir con el peso de sus injusticias y el precio del silencio; la frialdad inhóspita de los nuevos salones aún olorosos a pintura, todo ese vacío de armonía sustituyó a aquel clima que, con tanta naturalidad, se llegó a respirar cuando se gestaron los estudios humanísticos, como si ellos habrían venido a calmar una sed no satisfecha.

Así y todo, ese entorno, tan poco propicio, desaparecía tan pronto estábamos en la clase del Profesor García Bacca. ¿Que podían tener aquellas lecciones para que todos

quienes participamos de ellas nos sintiéramos transportados? Había una distancia que, ni siquiera los profesores ponían en duda entre él y los demás, incluso entonces, cuando contábamos con tan selecto grupo de intelectuales en la docencia. Nadie hubiera osado compararse con García Bacca. Es cierto que los profesores acostumbraban a tratarse de usted y con gran deferencia; pero hacia García Bacca había, además, una actitud de reverencia que sus discípulos convertimos en veneración. No se trataba sólo de gran erudición, ni de la manifiesta brillantez de su inteligencia; era, a mi parecer, entre otras muchas cosas, hacerse entender mediante la escogencia de algún ejemplo que, por más que nosotros hubiésemos querido sustituir, siempre resultaba el mejor o, tal vez, el único posible, hasta que el mismo García Bacca se encargaba de darnos cualquier otro, con lo cual volvía a deslumbrarnos. Creo que en el campo de los conceptos abstractos el mayor desafío del maestro es encontrar un buen ejemplo, es decir, sencillo, cercano, familiar, porque las vías de la comparación y de la metáfora son los únicos instrumentos de que se dispone para facilitar la comprensión. García Bacca se distinguió como el maestro por excelencia en este respecto. Era probable que, más tarde, cuando volviéramos al texto, lo encontráramos intransitable; pero, mientras lo escuchábamos a él, todo parecía sencillo y fácil de entender, tal era su capacidad extraordinaria de transmitir, la originalidad y la claridad con las que desmenuzaba una frase o presentaba un tema por más oscuros e intrincados que fueran; y su sutil e inusual sentido del humor cuya presencia nos sorprendía siempre, quizás, más bien, por inesperado.

Una lección de García Bacca, fuese de lo que fuese: Filosofía Griega, Filosofía de las Ciencias, Metafísica, traía

siempre su sello personal, inconfundible. Su pensamiento, en vez de desenvolverse, era envolvente, seguía el curso de una espiral, pero desde su periferia hasta llegar al centro de ella. Su voz de bajo tenía una cierta cadencia cavernosa y, a pesar de que hablaba con coherencia lógica indiscutible, la forma como enlazaba los términos que usaba, no dejaba de ostentar una cierta tonalidad poética. Era imposible que su auditorio no estuviera total y cabalmente sumido en su discurso, tanto por lo que decía como por cómo lo decía. Los griegos y la física eran sus grandes temas. La música y el oficio de la traducción estarían siempre entretejidos con aquéllos.

Por su cuerpo enjuto, su porte aristocrático, sus ademanes de caballero de otras épocas y su obvia hispanidad, los estudiantes solían compararlo con el Quijote, pero se trataba de una gran equivocación. Probablemente nadie o, en todo caso, muy pocos estaban tan familiarizados y cómodos como él con los más recientes y complejos conocimientos científicos, no sólo dentro del estrecho recinto de la Facultad de Humanidades, sino referido a todo el ámbito académico de nuestro país. Su pensamiento estaba obsesionado por la facultad creadora o "recreadora" del hombre que había sido puesta más de manifiesto a partir del Renacimiento. Su filosofía, se asentaba, precisamente en el contraste entre "ser" y "enser", entre "universo", lugar natural, y "mundo" de artificios, de objetos creados por y para el hombre. No le temía a la novedad. Al contrario, le iba al encuentro con el ánimo de reinterpretar la realidad a la luz de los últimos descubrimientos e inventos. Deseaba que el hombre alcanzara en la sociedad el mismo nivel de invención que ha logrado gracias al conocimiento científico, es decir, cada vez más lejos del nivel natural o primitivo.

Lo que, desde el punto de vista pedagógico, debería haber dejado su más profunda huella en el estudiantado era el constante cuidado que tenía, por más meticulosa y profunda que fuese la investigación, de no considerarla más valiosa que como una simple aproximación, siempre posible de ser modificada. Una cita suya que tomo prestada de su "Introducción General" a su libro *Antología del Pensamiento Filosófico Venezolano* ha de servir mejor para entender la importancia de esta actitud intelectual tan sana y, por desgracia, tan poco practicada:

*"La única manera leal y fecunda que conozco, -...-, de exponer el meollo, y salvar el poder germinal de una filosofía, consiste en poner de manifiesto cómo combatió, con qué armas, qué triunfos obtuvo sobre los eternamente renacientes problemas de la filosofía. Triunfos, nunca victoria. Y hacer notar expresa y claramente que las armas empleadas en su tiempo han sido superadas, y pertenecen, en rigor, no a los nuevos campos de batalla, sino a los museos. Al mismo lugar llevarán, ciertamente, las nuestras; y quedará, y hemos de saber dejar, el campo libre para nuevos combatientes, con nuevas armas. Los problemas, cual ciertas plantas, ya se encargarán de renacer, con nuevos bríos, en nuevos brotes".*

Esta manera de pensar y de actuar otorgaba a cada pensador estudiado por él, el respeto que se le debía, ni más ni menos. Así, mientras dictaba sus cátedras, asumió y cumplió la ardua labor de rescatar lo que de filosófico podía encontrarse en pensadores venezolanos del pasado, tarea que ningún venezolano se había propuesto, y a la que otros extranjeros como Edoardo Crema y Pedro Grasses, cada uno en su campo, también se dedicaron. Esta obra estaba destinada a proporcionarle a la recién inaugurada Facultad de Filosofía y Letras su legitimidad y continuidad históricas.

En el caso específico de Juan David García Bacca, cuya obra filosófica aún está lejos de ser reconocida en su justo valor, pero pertenece, indudablemente, a los primeros lugares en nuestro siglo, no puede ser interpretado este oficio de rescate de los valores culturales nuestros sino como un generoso homenaje que le rendía a nuestro país, por el que sintió un amor que, como sucede con frecuencia cuando de amor se trata, los venezolanos no supimos corresponder. Por fin regresó Venezuela a la libertad, y entonces la Patria que lo adoptó exigió a García Bacca el nuevo y engorroso sacrificio, para un hombre dedicado a la investigación y al estudio, de ser el primer Decano de la Facultad después del derrocamiento de la dictadura. García Bacca no se hizo rogar, y se desempeñó como Decano, cumpliendo rigurosamente con su deber y demostrando que, podía ser un excelente ejecutivo, si se lo proponía. Fue durante su mandato que la Facultad creció con el surgimiento de las otras Escuelas, y su nombre fue sustituido por el de Facultad de Humanidades y Educación. Permaneció al pie del cañón hasta que se eligieron, por votación, los nuevos directivos universitarios. En esa ocasión tuve la oportunidad de conocer al hombre que habitaba en García Bacca, porque me invitó a ocupar, primero, el puesto de secretaria de su director, Don Mariano Picón Salas, y luego el de la dirección que, más tarde, recibiría el nombre de coordinación. A pesar de que necesitaba trabajar, no creo que me hubiera atrevido a aceptar un oficio para el que no estaba, en lo absoluto, preparada, (no tenía -como aún no tengo ahora- ni la más vaga idea de lo que a administración se refiere), si García Bacca no me hubiese tranquilizado al respecto. Pero, además, durante todo el tiempo de su mandato, llegó -incluso- a hacerme creer que no lo hacía tan mal. No

recuerdo que me haya llamado jamás la atención, o de que me hiciera sentir incómoda por un momento.

A su lado aprendí para la vida lo que no había aprendido en mis estudios de Filosofía. La primera lección fue la de que la altivez, contrariamente a lo que yo creía, no era propio de los sabios. Trataba a todos con respeto, pero a sus subalternos aun más. Solía decir que no importaba cuál era el oficio o la profesión de uno, sino cómo hacía aquello para lo cual había sido preparado; que era preferible ser el mejor zapatero, para usar su mismo ejemplo, a ser un mediocre en alguna otra profesión más valorada socialmente. Es decir, que había que respetar al que trabajara bien, no al que ostentara un título.

De García Bacca emanaba una suerte de tranquila resignación que no pude entender hasta mucho más tarde, según la cual era inútil interponerse a las circunstancias, aún cuando se tuviera sobrados motivos para sospechar que no iban a ser beneficiosas. Decía que era menester dejarlas a su suerte hasta sus últimas consecuencias, porque sólo entonces el hombre terminaba por convencerse de su equivocación. Eran aquéllos, tiempos difíciles y habían momentos en que no podíamos menos que cuestionar el futuro. También a él le preocupaba el destino de la Universidad y, sostenía que era necesario fundar los post-gradados, porque comprendió, mucho antes que los demás, que la calidad de los estudios universitarios tendería a decrecer a medida que el profesorado se formara exclusivamente en sus aulas. Al contrario de lo que pensaban quienes asumieron la voz cantante en el claustro universitario en esa ocasión, García Bacca estaba muy al tanto de lo que sucedía, pero creo que a nadie se le ocurrió preguntarle sus opiniones al respecto. Después, cuando la Universidad y el Gobierno Nacional entraron en franco

combate, García Bacca se recogió, primero en el Instituto de Filosofía y luego en la tranquilidad de su apartamento de Cumbres de Curumo para seguir, incansable, en sus indagaciones filosóficas.

Su vocación democrática lo mantuvo alejado de su país natal todo el tiempo que duró el franquismo, aun cuando no había impedimento para su regreso. Nosotros podemos imaginar lo difícil que debió haber sido mantenerse fiel a este principio a medida que envejecía y no podía prever que viviría para volver a ver España. Su longevidad le fue beneficiosa en este respecto y, naturalmente también para sus escritos. En cuanto a Venezuela y los estudios académicos, su visión fue, probablemente, más benigna que la de cualquiera de nosotros. Acostumbrado a largos plazos, seguramente interpretaría nuestros vaivenes como inevitables traspies de toda transformación. Yo pienso, en cambio, qué poco supimos aprovechar a García Bacca y con él a aquellos hombre con los que la suerte había querido favorecernos. La Caracas que recibió graciosamente a esos y otros extranjeros, bien pronto fue sobrepasada, y la filosofía fue la más afectada de las disciplinas humanísticas. A ella le tocó sufrir los rigores de un nacionalismo estrecho que siempre está al acecho en las situaciones críticas, y la embestida ciega de una "nueva izquierda" que pretendió sustituir los estudios de filosofía por algún catecismo de cualquier índole. El pensamiento que no le rindiera pleitesía pasó a pertenecer a la clandestinidad y no sólo la obra, cada vez grande y valiosa que García Bacca nos ofrecía, fue totalmente ignorada en el recinto de la Universidad Central de Venezuela, sino que nadie se tomó el trabajo de continuar siquiera por el camino que él nos

hubo señalado para el rescate de la historia de las ideas venezolanas.

La austeridad, la modestia, la honestidad y la dedicación al estudio que acompañaron a García Bacca durante el curso de su vida son conceptos vacíos en la Venezuela de hoy, que ignora a sus intelectuales, juega a la tecnología, y se regodea en su deterioro sin el más mínimo sentimiento de responsabilidad por su futuro, tan enfrascada está en sus desmanes. Cobijada en su superficialidad, se mantiene cómodamente ignorante de sus grandes ausentes, no le hacen falta. Más bien, le resultarían hasta molestos, porque podrían despertar su conciencia, y no siente el menor deseo de ver su imagen reflejada en un espejo.

Una de las pocas veces que recuerdo haber oído un comentario pesimista de boca de García Bacca, fue aquélla en la que confesó temer que la Universidad llegara a ser el resultado de matrimonios entre primos-hermanos. Hostil a todo pensador y pensamiento no compartido, encerrada en sí misma, prisionera voluntaria de su mediocridad, presta a arremeter con furia contra todo lo que no se gestara en su seno, la Universidad hizo lo posible por mantenerse, a todo trance, encajonada en sus creencias, en vez de salir y aventurarse a "pensar sin miedo", a darle cabida a nuevos y, por qué no, discrepantes pensamientos, en franca contradicción con la más valiosa de las lecciones de García Bacca, que dedicó todos sus esfuerzos a la Escuela de Filosofía para que los venezolanos aprendiéramos a "pensar bien", es decir, liberarnos de los dogmas. La voz de García Bacca no se apagó para nosotros hace poos meses, cuando falleció, sino mucho antes. El y los que lo acompañaron, tanto en el estrado como en el pupitre, fueron arrinconados hasta que pudieran pasar, sin pena ni gloria,

desapercibidos. Fantasmas que un día osaron imaginar una Venezuela distinta.

“Nosotros los de entonces ya no somos los mismos” es frase de Neruda, uno de los grandes poetas que García Bacca solía citar. Afortunadamente, el tiempo y la distancia que nos separan de la juventud de hoy son lo suficientemente amplios como para haber posibilitado el resurgimiento de nuevas inquietudes intelectuales. De hecho, hay otra Venezuela que se gesta a espaldas de sus políticos; gente creadora, jóvenes empeñados en recuperar a la Universidad para el trabajo y el estudio, como para poder volver a abrigar ilusiones de efervescencia en el ámbito cultural. Ojalá que la Universidad sepa irles al encuentro esta vez, pero no con el ánimo de colocarlos en el altar del sacrificio, sino para ofrecerles la oportunidad de que en ellos puedan coincidir profesión, vocación y oficio. Ya escribió García Bacca que “dichosa, y colmada la persona en quien coinciden vocación, profesión y oficio” y, añadía “... que una de las causas de la cosificación creciente y espectacular de las personas en nuestra época proviene -o es- haber reducido el plan de vida al oficio, perdidas o nunca habidas vocación y profesión”. (*Cosas y Personas*.- Fondo de Cultura Económica, Caracas 1977, pp 87). Los tiempos difíciles exigen de nosotros hombres formados y preparados para usar otras armas distintas de las convencionales. Hace falta construir a Venezuela. Ya hay demasiados que se encargan de destruirla.